

A MITAD DEL CAMINO CUARESMAL 2024



NOVENA INTERCONTINENTAL GUADALUPANA



*RECOPILO: M. I. Mons. Cango, Jorge Antonio Palencia Ramírez de Arellano
Teólogo Lectoral del Venerable Cabildo de Guadalupe
Miembro del Comité Técnico de la Novena Intercontinental Guadalupeana*

A mitad de camino hacia la Pascua 2024

En nuestro camino Cuaresmal, dentro de la NOVENA INTERCONTINENTAL GUADALUPANA, estamos a mitad de camino hacia la PASCUA 2024. Precisamente el cuarto domingo de Cuaresma es llamado, el domingo “*laetare*”, es decir, domingo de la alegría. En medio del rigor penitencial y de la austeridad de la Cuaresma el cristiano vive la eucaristía dominical con un gozo sereno al saber que Dios le ama.

En este ambiente y con la perspectiva de la Pascua los invitamos a profundizar en la Sagrada Escritura el tema de la cruz de Cristo y los grandes temas de la historia de la salvación: la infidelidad del pueblo de y la fidelidad absoluta de Dios; el pecado del mundo y el amor infinito de Dios y como por su infinita misericordia Dios, nos ha entregado al Hijo para que el mundo se salve por él.

En un segundo momento, uniéndonos a la petición del Papa Francisco, de considerar la oración en camino de preparación para el Jubileo de la Encarnación 2025, profundizaremos algunas pistas para descubrir el esplendor de la oración, vivir intensamente este diálogo de Dios Nuestro Padre con nosotros, que nos ayudará dentro del espíritu de la NOVENA INTERCONTINENTAL GUADALUPANA, a descubrir nuevas maneras de *“promover el reencuentro con Dios, a través de Santa María de Guadalupe, buscando nuevos caminos en la reconstrucción del tejido social y eclesial de nuestros pueblos y comunidades, para celebrar 500 años del Acontecimiento Guadalupano”*. (Objetivo de la NIG) .

A partir de la Palabra de Dios.

El texto del Evangelio de Juan (3, 1-21), nos acerca al coloquio nocturno de Jesús con Nicodemo. En este dialogo podemos constatar el sentido del actuar de Dios en la historia y comprender el porqué de la Encarnación del Hijo del hombre, quien es alzado en la cruz, para que todo el que cree en Él tenga vida eterna. En otras palabras, podemos adentrarnos en el motivo de la pasión y de la cruz de Cristo que es el amor de Dios, que se ha mostrado cercano y misericordioso con la humanidad pecadora hasta el punto de entregar a su propio Hijo unigénito a la muerte de cruz.

El amor misericordioso de Dios tiene, pues, una finalidad salvífica, pues Dios no envió su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por él. De esta manera la salvación es gracia, puro don de la riqueza del Padre y efusión de su misericordia. A nosotros nos queda la libertad plena de acoger o rechazar la salvación ofrecida por Dios en Jesucristo. De esta manera queda muy claro que, quien no cree ama las tinieblas y obra el mal rechazando el don de Dios y autoexcluyéndose de la salvación.

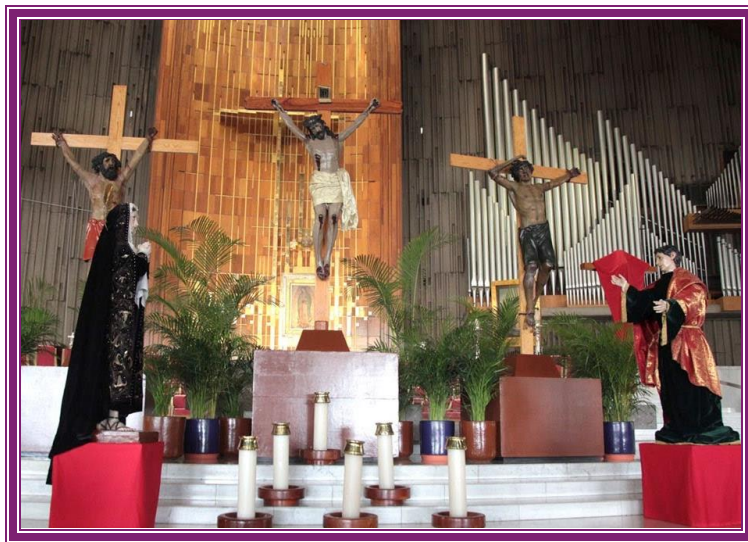
En medio de las guerras, la violencia, la crueldad de venganza y odios, que vive la humanidad, la sed de poder desmedido, la mentira y la muerte de miles de inocentes, nos pueden ayudar a reflexionar como la imagen de Cristo clavado y en la cruz, es signo contradictorio de ignominia y de muerte y también es capaz de cura a los que, heridos de muerte por el pecado, lo contemplan con fe. Dios se ha encarnado en la profundidad de la ignominia y desolación de la cruz, y ha tomado sobre si, nuestros dolores, sufrimientos y enfermedades y ha transformado nuestra vida ordinaria, finita, limitada y vulnerable en una vida nueva, donde ya la muerte, el mal y el pecado, no reinan en aquellos que miran y creen el crucificado.



La Iglesia a la mitad de la Cuaresma abre la reflexión sobre cómo, el hombre puede renovarse y participar en la regeneración que Dios quiere para él, si cree en el Hijo del Hombre, muerto y exaltado. Continuemos adentrándonos en la *Palabra de Dios* confiando en el amor maternal de Santa María de Guadalupe, que continuará ese diálogo de amor en los corazones y conciencias de nuestros familiares y amigos.

- a. *La Santa María de Guadalupe en esta Cuaresma 2021.* En el plan salvífico de Dios (cfr. Lc 2,34-35) estamos asociados a Cristo crucificado y la Virgen María. Contemplemos a Cristo Crucificado, el "varón de dolores" (Is 53,3), por medio del cual Dios ha decidido: "reconciliar consigo todos los seres: los del cielo y los de la tierra, haciendo la paz por la sangre de su cruz" (Col 1,20), así María es la "**Madre, junto a la cruz del dolor**", que Dios ha querido asociar a su Hijo, como madre y partícipe de su Pasión. Por ello la Cuaresma es también tiempo oportuno para crecer en nuestro amor filial a Aquella que al pie de la Cruz nos entregó a su Hijo, y se entregó Ella misma con Él, por nuestra salvación. Recordemos que en el Santuario de Guadalupe, en el Tepeyac, María Santísima está "junto a la gran cruz" glorificada, que descende en el centro de la Basílica.

- b. *Santa María de Guadalupe es nuestro modelo perfecto para acoger a la Palabra de Dios.* En este camino que nos prepara para vivir el misterio pascual con Jesucristo el Señor, no puede estar ausente su Madre. María Santísima de Guadalupe está presente durante la Cuaresma como premisa y modelo de la actitud que debemos asumir. Durante este tiempo de Cuaresma, es el mismo Señor Jesús quien nos señala a su Madre. Él nos la propone como modelo perfecto de acogida a la Palabra de Dios. María es verdaderamente dichosa porque escucha la Palabra de Dios y la cumple (Lc 11,28). Caminemos en compañía de María la senda que nos conduce a Jesús. Ella, la primera discípula, ciertamente es guía segura en nuestro peregrinar hacia la configuración plena con su Hijo.



Del Evangelio de Juan (3, 14-21)

Jesús dijo a Nicodemo: "Así como levantó Moisés la serpiente en el desierto, así tiene que ser levantado el Hijo del hombre, para que todo el que crea en él tenga vida eterna. Porque tanto amó Dios al mundo, que le entregó a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna. Porque Dios no envió a su Hijo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salvara por él. El que cree en él no será condenado; pero el que no cree ya está condenado, por no haber creído en el Hijo único de Dios.

La causa de la condenación es esta: habiendo venido la luz al mundo, los hombres prefirieron las tinieblas a la luz, porque sus obras eran malas. Todo aquel que hace el mal, aborrece la luz y no se acerca a ella, para que sus obras no se descubran. En cambio, el que obra el bien conforme a la verdad, se acerca a la luz, para que se vea que sus obras están hechas según Dios". Palabra del Señor. Gloria a ti, Señor Jesús.



(Se lee el texto y guardamos un momento de silencio e iniciamos la Meditación)

MADRE SANTISIMA DE GUADALUPE, ayúdame a hacer vida las palabras de Tu Hijo Jesús y poder vivir con mayor fe, esperanza y caridad esta Cuaresma, siendo más misericordioso con mi familia, mis parientes, vecinos y amigos....

MEDITACION:

El libro de los Números nos narra el largo peregrinar del pueblo de Israel por el desierto, durante esos cuarenta años. Al final, llegan al monte Nebo, al otro lado del Jordán, antes de entrar a la tierra prometida, el texto nos presenta, todas las rebeldías de los israelitas contra Dios y contra Moisés, por no dar crédito a sus promesas y por murmurar contra Él. Entonces Dios les mandó serpientes para castigar a los rebeldes. A muchos los mordieron y, después de una fiebre intensa, morían. Aquí es, pues, donde aparecen las famosas serpientes. Ante este panorama, Moisés, a petición del pueblo, ora a Dios y en respuesta, el Señor le manda hacer una serpiente de bronce y colocarla sobre un palo; todos los que sufrieran una picadura de serpiente, con solo verla, sanarían.

Jesús, evoca este pasaje de la Escritura: *“Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es preciso que sea levantado el Hijo del hombre, para que todo el que crea en Él, tenga vida eterna”*. Claramente nos está ya hablando de su pasión y de su próxima muerte en la cruz. Él también será levantado sobre la tierra y colocado sobre una cruz, como signo y causa de nuestra salvación. Así, todo el que contemple con fe al Crucificado y lo acepte de verdad como Redentor, obtendrá la vida eterna.

Cristo nos deja bien claro el motivo de su pasión y de su muerte en la cruz: el amor infinito del Padre hacia nosotros al entregarnos a su único Hijo para redimirnos del pecado. Y, por otro lado, la total libertad con que el Hijo se entrega a

la muerte por amor al hombre: *“Nadie me quita la vida; soy yo quien la doy por mí mismo, pues tengo poder para darla y volverla a tomar”*.

Durante la Vigilia pascual, la Iglesia pone en labios del celebrante que proclama el pregón pascual, con estas conmovedoras palabras: *“¿De qué nos serviría haber nacido si no hubiésemos sido rescatados? ¡Qué incomparable ternura y caridad! ¡Para rescatar al esclavo entregaste al Hijo!”*.

Nos vamos acercando cada vez más a la Pascua del Señor, a la celebración de los misterios de la pasión, muerte y resurrección de nuestro Señor Jesucristo. Hagamos en esfuerzo de aumentar nuestros momentos de oración y meditación, con inmensa devoción y fe, en todo lo que significó para Cristo ir a la cruz por nosotros: qué infinito amor y generosidad de parte suya para morir en lugar tuyo y mío, para devolvernos la amistad con Dios y abrirnos las puertas del cielo. Y ojalá que esta meditación nos lleve a cada uno de nosotros a optar por vivir en la luz y no en las tinieblas, como nos pide Cristo en el Evangelio de hoy; o sea, a llevar una auténtica vida de gracia y a desterrar para siempre el pecado en nuestra vida, en todas sus formas y manifestaciones.

(Guardemos unos momentos de silencio y después cada miembro de la familia puede aportar su conclusión personal y decir cuál será su compromiso para acompañar a Jesús en su Pascua, al final se lee la oración)

Oremos:

Dios, siempre amoroso y compasivo, yo creo en tu amor incondicional a mí. Y creo que me llamas a compartir el mismo amor incondicional a todos. Que yo entre profundamente en el misterio de tu amor a nosotros, que mi pasión pueda practicar el mismo amor creativo y responsable que movió a tu Hijo Jesús a ofrecerse por amor a mí, por amor a nosotros. Que el mismo espíritu de amor empape mi vida diaria, toda interacción humana, mi relación contigo, Dios de amor y misterio. Te lo pido en nombre de Jesús. Amén.

Una escuela de oración desde el Tepeyac: “... Enséñanos a orar”(Lc. 11,1)

El Papa Francisco nos ha pedido al acercarnos al Jubileo 2025, para este Año 2024, vivir intensamente la oración en nuestras vidas cotidianas. El Santo Padre Francisco en los textos de sus catequesis del 6 de mayo de 2020 y el 26 de junio de 2021, una *escuela de oración* para replantear; el diálogo íntimo con el Creador, el diálogo que parte del corazón humano hasta llegar al "Corazón de Dios, su misericordia" capaz de transformar nuestras vidas.

En este diálogo, los fieles no solo hablan con Dios, sino que también aprenden a escucharlo, encontrando *respuestas* y orientación a la luz de su presencia silenciosa. La oración se convierte así en el puente entre el cielo y la tierra, un lugar de encuentro donde el corazón del hombre y el corazón de Dios se entrelazan en un diálogo de amor incesante.

En la oración la misericordia de Dios se manifiesta de manera profunda y personal, porque en la oración descubrimos que cada necesidad humana es un recordatorio continuo de la misericordia del Padre. "*La oración no es una varita mágica, no es una fórmula rígida que, si se repite y da lo solicitado, en la oración, es Dios que nos transforma, su compasión, como la de un Padre, sale al encuentro de sus hijos llenos de amor misericordioso*" (Audiencia general, 25 de mayo de 2016).



Con estas palabras en el corazón, animamos a los demás a emprender el camino hacia los dones del Jubileo de la Encarnación 2025, descubriendo en la misericordia, la fuerza y el amor de Dios, transformando este año 2024 en "*una gran sinfonía de oración, recuperando el deseo de estar en la presencia del Señor, de escucharlo y adorarlo, de vivir la contemplación incluso en medio de la acción*" (Carta a S.E. el Arzobispo Rino Fisichella para el Jubileo 2025, 11 de febrero de 2022).

Pidamos la ayuda de Nuestra Madre Santísima de Guadalupe y reflexiones sores los puntos más importantes que nos ofrecen las 38 "Catequesis sobre la oración" que el Papa Francisco impartió entre mayo de 2020 y junio de 2021.

"La oración de Jesús es el lugar donde percibimos que todo viene de Dios y vuelve a Él. A veces los seres humanos creemos que somos dueños de todo, o por el contrario perdemos toda autoestima, vamos de un lado a otro. La oración nos ayuda a redescubrir la dimensión justa de nuestra relación con Dios, nuestro Padre, y con toda la creación" (Audiencia general, 4 de noviembre de 2020)

"La oración de Jesús es el lugar donde percibimos que todo viene de Dios y vuelve a Él. A veces los seres humanos creemos que somos dueños de todo, o por el contrario perdemos toda autoestima, vamos de un lado a otro. La oración nos ayuda a redescubrir la dimensión justa de nuestra relación con Dios, nuestro Padre, y con toda la creación" (Audiencia general, 4 de noviembre de 2020)



"A través de la oración se realiza como una nueva encarnación del Verbo. Y nosotros somos los "tabernáculos" donde las palabras de Dios quieren ser alojadas y custodiadas, para poder visitar el mundo [...]. A través de la oración, la Palabra de Dios viene a habitar en nosotros y nosotros moramos en ella. La Palabra inspira buenas intenciones y sostiene la acción; nos da fuerza, nos da serenidad, e incluso cuando nos pone en crisis, nos da paz" (Audiencia general, 27 de enero de 2021)

“Todo en la Iglesia nace de la oración, y todo crece gracias a la oración. Cuando el Enemigo, el Maligno, quiere combatir a la Iglesia, lo hace en primer lugar tratando de secar sus fuentes, impidiéndole orar. [...] La oración es lo que abre la puerta al Espíritu Santo, que es lo que nos inspira a seguir adelante. Los cambios en la Iglesia sin oración no son cambios de la Iglesia, son cambios de grupo” (Audiencia general, 14 de abril de 2021)

“Jesús no solo quiere que oremos como Él ora, sino que nos asegura que, incluso si nuestros intentos de oración son completamente vanos e ineficaces, siempre podemos contar con Su oración. Debemos ser conscientes: Jesús reza por mí”. (Audiencia general, 2 de junio de 2021)

En el Evangelio de Lucas encontramos a los discípulos de Jesús acercándose al Maestro con una petición profunda y significativa: *“Señor, enséñanos a orar”* (Lc 11,1). Esta pregunta, que ciertamente refleja la conciencia de sus límites y de la necesidad de una orientación práctica sobre cómo orar, esconde también en ella una dimensión propia de cada persona: la necesidad de un maestro, de un guía que la acompañe hacia las cosas más importantes de la vida.

En la escuela de un maestro, el discípulo puede crecer solo si camina en los mismos pasos que su maestro, puede captar su capacidad y nace el deseo igualar y superar a su maestro en el mismo conocimiento: *“Ustedes son mis amigos, si hacen lo que les mando”, “El que cree en mí, hará las obras que yo hago, y mayores aun”* (Jn 15,12; 14,12).

Estas palabras dirigidas a los discípulos, se refiere también a la oración: estando en presencia del Maestro, se sienten atraídos por su modo de orar, por su apartarse para dialogar con su Padre Dios. Así nació el gusto por vivir esa relación de filiación hasta el punto de que los apóstoles quisieron formar parte de ella. Gracias a este deseo, Jesucristo, el Maestro decide enseñarles a orar, dando así vida a una auténtica *“Escuela de Oración”* que transformará un deseo en una experiencia real capaz de modelar su relación con Dios, con el prójimo y con ellos mismos. La oración es un verdadero diálogo con Dios, un *“cara a cara con Él, un momento de escucha y respuesta a su voluntad”*. (Meditación matutina en Domus Sanctae Marthae, 15 de marzo de 2018),

Santa María de Guadalupe nos guía en este camino de la oración.

Así como los discípulos pidieron a Jesús que les enseñara a orar, también nosotros hoy a la mitad de la Cuaresma 2024, para entrar en una relación más íntima y personal con Dios, no debemos tener miedo de pedir ayuda, en primer lugar, a Cristo, el Señor, y a Nuestra Madre Santa María de Guadalupe, quien desde 1531, nos muestra contantemente a Jesús y nos enseña a caminar en la presencia del Señor, pues Ella ha aprendido a reconocer sus pasos y su camino.

Adoración: La adoración es un acto de humildad y reverencia ante la grandeza de Dios. En la adoración reconocemos la soberanía de Dios y nuestra total dependencia de él. Esta forma de oración nos abre a un sentido más profundo de asombro y asombro ante la omnipotencia y bondad de Dios, fortaleciendo nuestra fe y confianza en Él. Se distingue por ser un acto de reconocimiento de la majestad de Dios, no solo como Creador sino también como Fuente Viva de infinito amor y misericordia. En la adoración, San Juan Diego Cuauhtlatoatzin, fue llamado a mostrarse ante Dios con un corazón puro y humilde, reconociendo sus propios límites ante la inmensidad divina. Vivamos la misma experiencia de adoración cuando lleguemos a la “casita sagrada del Tepeyac”



“ y, al llegar cerca del cerrito llamado Tepeyac, ya amanecía. Oyó cantar sobre el cerrito, como el canto de muchos pájaros finos; al cesar sus voces, como que les respondía el cerro, sobremanera suaves, deleitosos, sus cantos sobrepujaban al del coyoltótotl y del tzinitzcan y al de otros pájaros finos. Se detuvo Juan Diego, se dijo: "-¿Por ventura soy digno, soy merecedor de lo que oigo? ¿Quizá nomás lo estoy soñando? ¿Quizá solamente lo veo como entre sueños? ¿Dónde estoy? ¿Dónde me veo? ¿Acaso allá, donde dijeron los antiguos, nuestros

antepasados, nuestros abuelos: en la tierra de las flores, en la tierra del maíz, de nuestra carne, de nuestro sustento; acaso en la tierra celestial?" (Nican Mopohua 6-10)

Alabanza y acción de gracias: La oración de alabanza y acción de gracias, vivida en miles de peregrinos que llegan al Tepeyac, es una expresión de alegría y gratitud a Dios por sus innumerables dones y bendiciones, a través de María de Guadalupe, "la Madre de arraigadísimo Dios por quien vivimos".

"Sábelo, ten por cierto, hijo mío el más pequeño, que soy la perfecta siempre Virgen Santa María, Madre del verdaderísimo Dios por Quien se vive, el Creador de las Personas, el Dueño de la cercanía y de la inmediatez, el Dueño del cielo, el Dueño de la tierra. Mucho quiero, mucho deseo que aquí me levanten mi casita sagrada, en donde Lo mostraré, Lo ensalzaré al ponerlo de manifiesto: Lo daré a las gentes en todo mi amor personal, en mi mirada compasiva, en mi auxilio, en mi salvación" (Nican Mopohua 26-28)

Frente a Ella, en alabanza, canto, danza, celebramos la grandeza, la belleza y la bondad de Dios, reconociendo Su Presencia viva y vivificante en nuestras vidas y en el mundo que nos rodea. En acción de gracias, respondemos con gratitud a las obras de Dios, desde las más pequeñas hasta las más grandes, sabiendo que cada bien que recibimos es un signo de su infinita bondad. Esta forma de oración ayudemos a muchos a cultivar una verdadera actitud de gratitud, capaz de modelar nuestra mirada hacia los hermanos y hermanas más necesitados, abandonados y marginados, y seamos signo y testimonio de la caridad con la que Dios nos ama.



Oración de intercesión: La oración intercesora es la oración que mejor expresa nuestra fe como comunidad de bautizados, como miembros del Pueblo de Dios, como parte de la Comunión de los Santos: nos permite rezar por las necesidades de los demás, mostrando solidaridad, comprensión y compasión.

Siempre la oración debe abrir nuestra vida hacia el amor y solidaridad cristiana, que nos une a los demás y nos hace partícipes de sus sufrimientos y sus esperanzas. Por la oración intercesora podemos presentar ante Dios las necesidades del mundo y las necesidades de nuestros hermanos y hermanas. También una expresión de la oración de intercesión que nos une a nuestros hermanos difuntos, especialmente a tantos desaparecidos, masacrados por la violencia o que murieron en su camino como migrantes.

María Santísima de Guadalupe, le pide a Nuestro hermano San Juan Diego, que comunique al Obispo Fray Juan de Zumárraga, su deseo de tener un lugar, donde escuchar estas oraciones de intercesión:

“ Porque yo en verdad soy vuestra madre compasiva, tuya y de todos los hombres que en esta tierra estáis en uno. Y de las demás variadas estirpes de hombres, mis amadores, los que a mi clamen, los que me busquen, los que confíen en mí, porque allí les escucharé su llanto, su tristeza, para remediar, para curar todas sus diferentes penas, sus miserias, sus dolores. (Nican Mopohua 29-31)



La oración de súplica: refleja nuestra vulnerabilidad humana y nuestra necesidad de ayuda: en este tipo de oración, presentamos a Dios nuestras fragilidades, nuestras limitaciones, se nos anima a presentar nuestras peticiones a Dios con fe y confianza, recordando que Él siempre está dispuesto a escuchar nuestro corazón: *"Nos pide que seamos constancia, nos pide que seamos decididos, sin vergüenza. ¿Porque? Porque estoy llamando a la puerta de mi amigo. Dios es un amigo, y con un amigo puedo hacer esto. Una oración constante e intrusiva"* (Meditación matutina en la Domus Sanctae Marthae, 11 de octubre de 2018). La súplica nos mueve a la íntima comunión con Dios, donde nuestra vulnerabilidad se encuentra con su misericordia y amor: a través de ella,

aprendemos a confiar más profundamente en Dios, confiándole toda nuestra vida, nuestras preocupaciones, nuestras esperanzas y nuestras vidas y de los demás. San Juan Diego lo expreso así ante nuestra Madre Santísima, en favor de su tío Juan Bernardino quien agonizaba:

"..... En su presencia se postró, la saludó, le dijo: "Mi jovencita, Hija mía la más pequeña, Niña mía, ojalá que estés contenta; ¿Cómo amaneciste? ¿Acaso sientes bien tu amado cuerpecito, Señora mía, Niña mía? Con pena angustiaré tu rostro, tu corazón: te hago saber, Muchachita mía, que está muy grave un servidor tuyo, tío mío. Una gran enfermedad se le ha asentado, seguro que pronto va a morir de ella.

Y ahora iré de prisa a tu casita de México, a llamar a alguno de los amados de Nuestro Señor, de nuestros Sacerdotes, para que vaya a confesarlo y a prepararlo, porque en realidad para ello nacimos, los que vinimos a esperar el trabajo de nuestra muerte. Mas, si voy a llevarlo a efecto, luego aquí otra vez volveré para ir a llevar tu aliento, tu palabra, Señora, Jovencita mía. Te ruego me perdones, tenme todavía un poco de paciencia, porque con ello no te engaño, Hija mía la menor, Niña mía, mañana, sin falta, vendré a toda prisa." (Nican Mopohua 109 - 116)

El Papa Francisco en su viaje a México, el 13 de febrero 2016 visitó la Basílica de Santa María de Guadalupe en el Tepeyac, nos lego un texto muy importante sobre la oración ante la Madre del Redentor, la Virgen de Guadalupe, que resume todo lo anteriormente enunciado:



En aquel amanecer de diciembre de 1531 se producía el primer milagro que luego será la memoria viva de todo lo que este Santuario custodia. En ese amanecer, en ese encuentro, Dios despertó la esperanza de su hijo Juan, la esperanza de

un pueblo. En ese amanecer, Dios despertó y despierta la esperanza de los pequeños, de los sufrientes, de los desplazados y descartados, de todos aquellos que sienten que no tienen un lugar digno en estas tierras. En ese amanecer, Dios se acercó y se acerca al corazón sufriente pero resistente de tantas madres, padres, abuelos que han visto partir, perder o incluso arrebatarseles criminalmente a sus hijos.

En ese amanecer, Juanito experimenta en su propia vida lo que es la esperanza, lo que es la misericordia de Dios. Él es elegido para supervisar, cuidar, custodiar e impulsar la construcción de este Santuario. En repetidas ocasiones le dijo a la Virgen que él no era la persona adecuada, al contrario, si quería llevar adelante esa obra tenía que elegir a otros, ya que él no era ilustrado, letrado o perteneciente al grupo de los que podrían hacerlo. María, firmemente le ordena continuar: él sería su embajador.

Al venir a este Santuario nos puede pasar lo mismo que le pasó a Juan Diego. Mirar a la Madre desde nuestros dolores, miedos, desesperaciones, tristezas, y decirle: «Madre, ¿qué puedo aportar yo si no soy un letrado?». Miramos a la madre con ojos que dicen: son tantas las situaciones que nos quitan la fuerza, que hacen sentir que no hay espacio para la esperanza, para el cambio, para la transformación. Por eso creo que hoy nos va a hacer bien un poco de silencio, y mirarla a ella, mirarla mucho y calmadamente, y decirle como lo hizo aquel otro hijo que la quería mucho:

*«Mirarte simplemente, Madre,
dejar abierta sólo la mirada;
mirarte toda sin decirte nada,
decirte todo, mudo y reverente.*

*No perturbar el viento de tu frente;
sólo acunar mi soledad violada,
en tus ojos de Madre enamorada
y en tu nido de tierra transparente.*

*Las horas se desploman; sacudidos,
muerden los hombres necios la basura
de la vida y de la muerte, con sus ruidos.*

*Mirarte, Madre; contemplarte apenas,
el corazón callado en tu ternura,
en tu casto silencio de azucenas».*

Y en silencio, y en este estar mirándola, escuchar una vez más que nos vuelve a decir: «¿Qué hay hijo mío el más pequeño?, ¿qué entristece tu corazón?» (cf. Nican Mopohua, 107.118). «¿Acaso no estoy yo aquí, yo que tengo el honor de ser tu madre?» (ibíd., 119).

Ella nos dice que tiene el «honor» de ser nuestra madre. Eso nos da la certeza de que las lágrimas de los que sufren no son estériles. Son una oración silenciosa que sube hasta el cielo y que en María encuentra siempre lugar en su manto. En ella y con ella, Dios se hace hermano y compañero de camino, carga con nosotros las cruces para no quedar aplastados por nuestros dolores.

¿Acaso no soy yo tu madre? ¿No estoy aquí? No te dejes vencer por tus dolores, tristezas, nos dice. Hoy nuevamente nos vuelve a enviar, como a Juanito; hoy nuevamente nos vuelve a decir, sé mi embajador, sé mi enviado a construir tantos y nuevos santuarios, acompañar tantas vidas, consolar tantas lágrimas. Tan sólo camina por los caminos de tu vecindario, de tu comunidad, de tu parroquia como mi embajador, mi embajadora; levanta santuarios compartiendo la alegría de saber que no estamos solos, que ella va con nosotros. Sé mi embajador, nos dice, dando de comer al hambriento, de beber al sediento, da lugar al necesitado, viste al desnudo y visita al enfermo. Socorre al que está preso, no lo dejes solo, perdona al que te lastimó, consuela al que está triste, ten paciencia con los demás y, especialmente, pide y ruega a nuestro Dios. Y, en silencio, le decimos lo que nos venga al corazón.



¿Acaso no soy yo tu madre? ¿Acaso no estoy yo aquí?, nos vuelve a decir María. Anda a construir mi santuario, ayúdame a levantar la vida de mis hijos, que son tus hermanos

